

FABIÁN GUERRERO OBANDO

DE EL VIAJE

El día repta,
se arrastra por la pátina de la memoria.
Trampa
 cenizas
 silencio.

¿Quién bucea tan hondo
en la antigüedad de este cuerpo?

El dedo minucioso del tiempo me da en el corazón
trasguea.

Escribir viento o golondrina o lluvia
y acertar que no fue vida.
No salvar la distancia.
Solo esperar. Escuchar su voz.

Hacernos en tiempo ajeno y traerlo al nuestro.
Y que caiga
cuando nos acune en tristeza,
en números.

Ristras de senos ajados cuelgan
movidas por una leve corriente de aire.

Sobre esa cama de enfermos,
desbraguetado
babeante,
apura la pierna despellejada del amor.

Babea sobre sí mismo.
Los ojos de ella, redondos y enteros,
penden de un gancho.

Dos plumas de la cola del amor. Cúbranlas.

Aquella noche, ninguno. Nada inusual.
Solamente esa lucha de carnes reprimidas,
despostándose.

Vi los labios flojos,
vi los ojos glaucos y miopes,
vi una arruga, un rictus,
vi el costado blanco.
Vi retroceder al verdugo,
sus lágrimas,
su silicio.

Ronquidos y gorgoteos,
hachas hurgando en la carne
desprendiéndola.

Carne moribunda, húmeda
tesoro del asesino
enrollándose a sus dedos.

Henos aquí a todos
chapoteando en picadillos de carne,
recordándonos
rezándonos.

Con esta piel se apagan todas,
se disuelven los huesos con el odio.
Ha pasado el tiempo de la inocencia,
cerrándose sobre sí mismo,
apenas.

El hueco de la escalera estaba relleno de brazos
cruzados
rojos
y de fúlgidas amapolas, obstinadas.

La mano deja de frotar las piernas hinchadas,
la lengua se esfuerza por moverse,
hueco.

Es el ir
su costumbre.

Veo pus.
Salpicaduras de sangre, velas ciegas.
Cuerpo-cuerpo
del hocico
a la irreparable cabeza del tiempo.

Viejas mujeres hacinadas
se retuercen heridas;
una telaraña en sangrientos añicos
camina sobre sus carnes,
cercándolas.

Cuervos frioleros abandonan su hígado, caído.
Un solo abandono,
que leo y sigo.
La sarna brota por todo su cuerpo,
de proa a popa.
Su fuente y su secreto es el amor, dice,
y anega la carne.

Un bufón, una varita mágica,
un salivazo de rata en el ojo ciego.

A pesar del tiempo acumulado,
el ángel duerme.
Como una plegaria le baja la espada

Murió doblándose en dos, sin molestar a nadie,
entre imágenes de santos
y tinajas llenas de agua estancada.
En desobediencia.

La lluvia es todo lo que queda del invierno.
Plomo,
 limo.
Y unos hilos rotos cercando la zona.

Amanece,
 manuscibo.
Emparedo el amor.

Fabián Guerrero Obando (Quito, Ecuador, 1959)

Doctor en Jurisprudencia por la Universidad Central del Ecuador. Profesor Universitario. Ensayos suyos han aparecido en diversas revistas nacionales e internacionales. Ha publicado las obras Olor a Tierra, 1979; Me separo me persigo, 1995; Facticio ficticio, 1998; Nexos casuales, 2001. Ha sido invitado a varios encuentros de escritores y poetas, dentro y fuera del Ecuador. Consta en antologías nacionales y extranjeras. Representante Internacional de la Casa del Poeta Peruano con sede en Quito. Actual presidente de la Sociedad Ecuatoriana de Escritores (SEDE). Parte de su poesía ha sido traducida al inglés y al alemán. Profesor universitario, imparte asignaturas relativas a literatura, crítica de las manifestaciones culturales, arte y pensamiento del siglo XX, redacción y estilo, lenguaje y expresión y en materia jurídica derecho penal, derecho procesal penal entre otras. Los poemas que presentamos han sido extraídos del libro El viaje, publicación del 2003 a cargo de la Casa de Cultura Ecuatoriana “Benjamín Carrión”.